

LA CONVICCIÓN INTIMA DE

HABER VIVIDO EL IDEAL SOÑADO



GABRIEL PUYANA GARCIA
Brigadier General del Ejército

"Sí, nuestra Gloria es el testimonio de nuestra propia conciencia."

Coronel **Francisco José de Caldas.**

Señor Ministro Representante del Pueblo y del Gobierno de la República de Corea.

En este sitio céntrico de la ciudad capital, donde palpita el corazón de

Colombia... sobre esta amplia avenida que atestigua la pujanza de la urbe y que en su marcha hacia el oriente desaparece de pronto, dejando la sensación de que se pierde entre la entraña misma de nuestra cordillera, el Gobierno Distrital en coordinación con el Ministerio de Defensa, han tenido el acierto de reservar este lugar para levantar en él, este elocuente testimonio de la gratitud del pueblo coreano, que ha querido materializar su reconocimiento al Ejército y a la Armada de Colombia por su activa participación durante más de cuatro años de guerra.

Allí Fuerzas Militares de diferentes naciones, de culturas distintas, de idiomas diversos y sin nexos de raza, demostraron cómo la especie humana logra aunar esfuerzos, cuando bajo la identificación de comunes ideales, se empeña en realidad sus anhelos de libertad y de justicia... porque, si bien es cierto que Corea pudo ser una representación contemporánea de aquella confusión bíblica que se llamara "La Torre de Babel" no obstante las múltiples dificultades para el entendimiento de Fuerzas de diferentes naciones, tras el milagro de la sangre confundida en los mismos escenarios de la tragedia, se afirmaron los vínculos fraternales que siempre habrán de afianzar la comprensión de los pueblos, hechos hermanos por la mezcla de su sangre vertida en un mismo sacrificio e inspirados en los principios de equidad, que los hicieron combatir en defensa de la nación más débil, ignominiosamente sorprendida por la agresión inesperada.

La nítida y elegante silueta de este monumento constituye viva remem-branza mítica de esa cultura milenaria del Viejo Continente, que tiene el encanto enigmático de las cosas orientales. La combianación de sus líneas y el juego de sus perfiles plasman en su lenguaje simbólico el deseo de felicidad, de paz, de amor y de eterna bienaventuranza para quienes hicieron la entrega de sus vidas en el fragor de la contienda; y es, así mismo, un reconocimiento de las virtudes y del coraje de los soldados de Colombia que demostraron con su abnegación y con su esfuerzo la certidumbre de su causa, la entereza de su voluntad y la conciencia de su responsabilidad histórica.

Claro y trascendente significado encierra el hecho de que esta nación hermana por virtud de la sangre, busque la expresión de su reconocimiento en los caracteres indelebles de la piedra y que esta a su vez se estructure en la efigie de su convicción religiosa, por que así logra la combinación perfecta, entre los valores del espíritu que representa el símbolo de su credo y la materia pétreo, que configura en su estampa, el ambicioso afán de desafiar el tiempo.

Esta actitud agradecida que el pueblo de Corea, muestra por intermedio de su Gobierno, es posible que contribuya a despertar la conciencia un tanto apática y muchas veces indiferente de los propios compatriotas nuestros, que no pudieron o quizás no han querido, llegar a comprender el "por qué" de aquella aventura romántica

que llevó nuestra bandera a ondear bajo los cielos de Asia.

La leyenda que registra en placa conmemorativa la inauguración de este monumento, expresa; "El pueblo de la República de Corea a las Fuerzas Militares de la República de Colombia"; este sentimiento de noble gratitud del pueblo coreano, habrá de retumbar como eco inconfundible en el silencio íntimo de los corazones de los soldados y marinos que vivieron aquella inolvidable experiencia y será también vivo recuerdo de quienes allí cumplieron su destino.

Pero es apenas obvio, comprender que el homenaje, se rinde también al pueblo de Colombia, porque dentro de nuestra estructura democrática es el pueblo mismo el que nutre las filas de sus instituciones armadas y el que con ejemplar conciencia de su amor patrio, ha llevado las armas de la República, no solo para defender sus fronteras y garantizar la vigencia de sus instituciones, sino para proyectarse mucho más allá de sus propios confines y defender los ideales que fundamentan su tradición y sus realizaciones históricas. Fue también pueblo nuestro el que con atuendos raídos y armas toscas, trasmontara montañas y cruzara llanuras para que la independencia del hemisferio lograra su consolidación definitiva. Es por ello que al recibir e inaugurar este monumento que la República de Corea entrega al pueblo de Colombia representado en sus hombres de armas, se logra en cierto modo una verdadera compensación para quienes voluntariamente se

ofrecieron a integrar los contingentes que llevaron el nombre de la Patria, a esas tierras lejanas... porque si bien es cierto que el soldado o el marino en el generoso ofrecimiento de su actitud adolescente, pudo sentirse atraído por el señuelo de la aventura, sin otro afán distinto de vivirla, o de acaso galantear la muerte o la deidad esquiva de la gloria, al paso de los años, cuando en la serenidad de su madurez se ha detenido a hacer el balance de sus esfuerzos, sin duda alguna debe haber llegado a sentir la profunda desilusión y la amargura que ocasiona la apatía de su propios compatriotas y que naturalmente se traduce en desencanto y en un sentimiento nostálgico que se hace más intenso, precisamente para aquellos que un diecinueve de mayo de mil novecientos cincuenta y uno, integrando el primer millar de colombianos abordaron los vagones del tren en la Estación de la Sabana, para salir en busca del mar y de ahí hacia lo desconocido, en el anhelo de la gloria y con la incertidumbre del regreso. Para estos fue algo así, como debió ser para aquellos primeros tripulantes de las tres Carabelas que un día de agosto levaron anclas en Palos de Moguer. Ninguna consideración distintas a la de sentir el honor de llevar el nombre de la Patria y de luchar por una causa noble y justa pudo motivarlos en su decisión, cuando nada se sabía de lo que habría de venir, ni mucho menos se podía vislumbrar como varias conveniencias prosaicas. ¡Es por esto que encuentro también justamente

elegida la fecha de inauguración de este monumento que evoca el día que el Batallón Colombia iniciara su marcha para acudir a la cita con su propio destino.

Este bello y significativo monumento que hoy recibimos y que agradecemos al pueblo y al Gobierno de Corea no está simplemente afirmado sobre los cimientos de piedra que sostienen su inconfundible arquitectura. Tampoco reemplaza la tradicional joya que intercambian los Gobiernos en forma de condecoración entre sus representantes, en acto protocolario y frío, que encierra la rutina de su frecuente ocurrencia.

Esta pagoda se yergue ante todo, sobre las vidas sacrificadas de varios centenares de hombres nuestros, sobre la sangre de muchos otros centenares más, que aportaron la cuota de sus heridas; sobre el esfuerzo y abnegación de más de tres millares de combatientes que en esa contienda vivieron la angustia de la guerra y amasaron con su sudor y no pocas veces con su llanto silencioso por el compañero caído, el lodo de esas tierras. El, representará siempre la certidumbre de una causa que nos impulsará hacia ese atractivo que encierra la aventura y que a través de los tiempos seguirá siendo el primer fertilizante de la historia; significará asimismo, ese galardón ambicionado de la propia gloria, que no consiste en el brillo de la presea ni en el esplendor de los laureles, sino en la convicción íntima de haber vivido el ideal soñado.

Debo relieves también la especial circunstancia de que el monumento ha sido construido con piedras cuidadosamente seleccionadas por el propio pueblo de Corea y que desde esa tierra lejana, pero próxima a nuestro corazón, nos han sido enviadas para hacer así más elocuente el tributo que se rinde a nuestras Fuerzas Militares.

Considero oportuno además manifestar la sorpresa pero al mismo tiempo el beneplácito que hemos experimentado en época reciente, al enterarnos de las inquietudes y gestos que las dos Coreas han ido adelantando en busca de una integración futura para reestructurar en una sola Patria la que fuera cercenada por las razones y por los intereses ya suficientemente conocidos. Algunos pudieron inquirir si éste hecho habría de ocasionar algún sentimiento de frustración en quienes vivimos la experiencia de la guerra... Surgiría la inquietud de preguntarnos, ¿para qué tanta sangre, desolación y ruina?... Pero precisamente, en este acertado acercamiento de las dos Coreas, puede encontrarse un digno ejemplo que la humanidad debe observar con serenidad y con actitud reflectiva, a fin de evitar que la respuesta a la imperiosa necesidad de una imprescindible convivencia, solo pueda obtenerse cuando se ha vivido el dolor de su propio martirio.

Que esta experiencia de Corea pueda servir a muchos pueblos que desde tiempos remotos se han venido trenzando en luchas continuas absurdamente repetidas para que sin claudicar ante los intereses ambisiosos, se rea-

firme lo infructuoso de la lucha, cuando por razón de su destino histórico o por su ubicación geográfica, las fronteras no deban constituir muros que enfrentan o bardas que separan y distancian, sino líneas apenas perceptibles que deben contribuir a facilitar el mutuo entendimiento de las naciones, que por la sola razón de una misma especie, debieran orientar sus esfuerzos hacia el logro de una vida mejor para todos los seres humanos sin distingos de raza, de credos o de concepciones políticas. Esta enseñanza cobra mayor significado. Cuando la situación conflictiva no surge de pretensiones foráneas, sino como consecuencia de la propia incomprensión de los hijos de una misma Patria que obsesionados por la pasión y el egoísmo, se despedazan en luchas fratricidas.

Señores representantes del Gobierno y del pueblo de Corea:

Como personero de mi Ejército y de la Armada de mi Patria, quiero ratificar en la emoción de mi voz, el sentimiento de mi gratitud, por este testimonio de vuestra generosidad y de vuestro reconocimiento a las Fuerzas Militares de Colombia. Esta pagoda relieves la actitud agradecida de un pueblo que entremezcló su sangre con la nuestra, en afirmativo acto de solidaridad universal. Al observarle y admirarle, las generaciones futuras empezarán a comprender, tal vez un poco tarde, "el por qué" de esta contribución colombiana en un esfuerzo mundial que comprometió gran parte

de los pueblos libres... y si bien es cierto que la decisión gubernamental que determinara la participación de nuestro país, puede ser motivo de polémica y de opiniones discrepantes, no por ello podrá negarse que quienes en esta campaña combatieron haciendo entrega de sus vidas, la donación de su sangre y la ofrenda de sus esfuerzos, de sus angustias y de sus incertidumbres no solo propias, sino de los familiares que vivieron siempre en la espera inquietante del regreso de sus seres queridos, constituyen hoy parte de la historia, de sus Fuerzas Militares y de Colombia misma; porque jamás embajada alguna o anterior de nuestro país, hizo que el nombre

de la Patria se proyectara y difundiera no solo bajo los cielos del Asia sino a través de todas las naciones del mundo.

Como en otra ocasión ya lo expresara, Corea fue en sí, una aventura romántica de un puñado de colombianos, que en defensa de ideales caros a su tradición de pueblo amante de la justicia y de la libertad, ofreció generosamente el esfuerzo de sus músculos, la decisión de su voluntad, el coraje y abnegación de su espíritu, la templanza y reciedumbre de sus virtudes para que el nombre de la Patria resplandeciera, igual que sus colores, sobre el amplio escenario de la tierra, bajo la inmensidad azul del Universo.!



Excelentísimo Señor PARK CHUNG HEE, Presidente de la República de Corea del Sur.



Excelentísimo señor Jin Sang An, primer Embajador de la República de Corea en Colombia.